

EL TANGO DE LA GUARDIA VIEJA

EXTRACTO ESCOGIDO POR ARTURO PÉREZ-REVERTE

El fumoir-café del transatlántico comunicaba las cubiertas de paseo de primera clase de babor y estribor con la de popa, y Max Costa se dirigió allí durante la pausa de la cena, sabiendo que a esa hora estaría casi vacío. El camarero de guardia le puso un café solo y doble en una taza con el emblema de la Hamburg-Südamerikanische. Tras aflojarse un poco la corbata blanca y las pajaritas del cuello almidonado, fumó un cigarrillo junto al ventanal por el que, entre los reflejos de la luz interior, se adivinaba la noche afuera, con la luna bañando la plataforma de popa. Poco a poco, a medida que se despejaba el comedor, fueron apareciendo pasajeros que ocuparon las mesas; de modo que Max se puso en pie y salió del recinto. En la puerta se apartó para dejar paso a un grupo masculino con cigarros en las manos, en el que reconoció a Armando de Troeye. El compositor no iba acompañado por su mujer, y mientras caminaba por la cubierta de paseo de estribor hacia el salón de baile, Max la buscó entre los corrillos de señoras y caballeros cubiertos con abrigos, gabardinas y capas, que tomaban el aire o contemplaban el mar. La noche era agradable, pero el Atlántico empezaba a picarse con marejada por primera vez desde que zarparon de Lisboa; y aunque el *Cap Polonio* estaba dotado de modernos sistemas de estabilización, el balanceo suscitaba comentarios de inquietud. El salón de baile estuvo poco frecuentado el resto de la noche, con muchas mesas vacías, incluida la habitual del matrimonio De Troeye. Empezaban a producirse los primeros mareos, y la velada musical fue corta. Max tuvo poco trabajo; apenas un par de valeses, y pudo retirarse pronto.

Se cruzaron junto al ascensor, reflejados en los grandes espejos de la escalera principal, cuando él se disponía a bajar a su cabina, situada en la cubierta de segunda clase. Ella se había puesto una capa de piel de zorro gris, llevaba en las manos un pequeño bolso de lamé, estaba sola y se dirigía hacia una de las cubiertas de paseo; y Max admiró, de un rápido vistazo, la seguridad con que caminaba con tacones pese al balanceo, pues incluso el piso de un barco grande como aquél adquiriría una incómoda cualidad tridimensional con marejada. Volviendo atrás, el bailarín mundano abrió la puerta que daba al exterior y la mantuvo abierta hasta que la mujer estuvo al otro lado. Correspondió ella con un escueto «gracias» mientras cruzaba el umbral, inclinó la cabeza Max, cerró la puerta y desanduvo camino por el pasillo, ocho o diez pasos. El último lo dio despacio, pensativo, antes de pararse. Qué diablos, se dijo. Nada pierdo con probar, concluyó. Con las oportunas cautelas.

La encontró en seguida, paseando a lo largo de la borda, y se detuvo ante ella con naturalidad, en la débil claridad de las bombillas cubiertas de salitre. Seguramente había ido en busca de brisa para evitar el mareo. La mayor parte del pasaje hacía lo contrario, encerrándose en cabinas de las que tardaba días en salir, víctima de sus propios estómagos revueltos. Por un momento Max temió que siguiera adelante, haciendo ademán de no reparar en él. Pero no fue así. Se lo quedó mirando, inmóvil y en silencio.

—Fue agradable —dijo inesperadamente.

Max logró reducir su propio desconcierto a sólo un par de segundos.

—También para mí —respondió.

La mujer seguía mirándolo. Curiosidad, era tal vez la palabra.

—¿Hace mucho que baila de manera profesional?

—Cinco años. Aunque no todo el tiempo. Es un trabajo... —¿Divertido? —lo interrumpió ella.

Caminaban de nuevo por la cubierta, adaptando sus pasos a la lenta oscilación del transatlántico. A veces se cruzaban con los bultos oscuros o los rostros reconocibles de algunos pasajeros. De Max, en los tramos menos iluminados, sólo podían apreciarse las manchas blancas de la pechera de la camisa, el chaleco y la corbata, pulgada y media exacta de cada puño almidonado y el pañuelo en el bolsillo superior del frac.

—No era ésa la palabra que buscaba —sonrió él con suavidad—. En absoluto. Un trabajo eventual, quería decir. Resuelve cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Bueno... Como ve, me permite viajar.

A la luz de un ojo de buey comprobó que ahora era ella la que sonreía, aprobadora.

—Lo hace bien, para ser un trabajo eventual.

El bailarín mundano encogió los hombros.

—Durante los primeros años fue algo fijo.

—¿Dónde?

Decidió Max omitir parte de su currículum. Reservar para sí ciertos nombres. El Barrio Chino de Barcelona, el Vieux Port de Marsella, estaban entre ellos. También el nombre de una bailarina húngara llamada Boske, que cantaba *La petite tonkinoise* mientras se depilaba las piernas y era aficionada a los jóvenes que despertaban de noche, cubiertos de sudor, angustiados porque las pesadillas los hacían creerse todavía en Marruecos.

—Hoteles buenos de París, durante el invierno —resumió—. Biarritz y la Costa Azul, en temporada alta... También estuve un tiempo en cabarets de Montmartre.

—Ah —parecía interesada—. Puede que coincidiéramos alguna vez.

Sonrió él, seguro.

—No. La recordaría.

—¿Qué quería decirme? —preguntó ella.

Tardó un instante en recordar a qué se refería. Al fin cayó en la cuenta. Después de cruzarse dentro la había alcanzado en la cubierta de paseo, saliéndole al paso sin más explicaciones.

—Que nunca bailé con nadie un tango tan perfecto.

Un silencio de tres o cuatro segundos. Complacido, quizás. Ella se había detenido —había una bombilla cerca, atornillada al mamparo— y lo miraba en la penumbra salina.

—¿De veras?... Vaya. Es muy amable, señor... ¿Max, es su nombre?

—Sí.

—Bien. Crea que le agradezco el cumplido.

—No es un cumplido. Sabe que no lo es.

Ella reía, franca. Sana. Lo había hecho del mismo modo dos noches atrás, cuando él calculó, bromeando, su edad en quince años.

—Mi marido es compositor. La música, el baile, me son familiares. Pero usted es una excelente pareja. Hace fácil dejarse llevar.

—No se dejaba llevar. Era usted misma. Tengo experiencia en eso.

Asintió, reflexiva.

—Sí. Supongo que la tiene.

Apoyaba Max una mano en la regala húmeda. Entre balanceo y balanceo, la cubierta transmitía bajo sus zapatos la vibración de las máquinas en las entrañas del buque.

—¿Fuma?

—Ahora no, gracias.

—¿Me permite que lo haga yo?

—Por favor.

Extrajo la pitillera de un bolsillo interior de la chaqueta, cogió un cigarrillo y se lo llevó a la boca. Ella lo miraba hacer.

—¿Egipcios? —preguntó.

—No. Abdul Pashá... Turcos. Con una pizca de opio y miel.

—Entonces aceptaré uno.

Se inclinó con la caja de fósforos en las manos, protegiendo la llama con el hueso de los dedos para dar fuego al cigarrillo que ella había introducido en la boquilla corta de marfil. Luego encendió el suyo. La brisa se llevaba el humo con rapidez, impidiendo saborearlo. Bajo la capa de piel, la mujer parecía estremecerse de frío. Max indicó la entrada del salón de palmeras, que estaba cerca; una estancia en forma de invernadero con una gran lumbrera en el techo, amueblada con sillones de mimbre, mesas bajas y macetas con plantas.

—Bailar de modo profesional —comentó ella cuando entraron—. Eso resulta curioso, en un hombre.

—No veo mucha diferencia... También nosotros podemos hacerlo por dinero, como ve. No siempre el baile es afecto, o diversión.

—¿Y es cierto eso que dicen? ¿Que el carácter de una mujer se muestra con más sinceridad cuando baila?

—A veces. Pero no más que el de un hombre.

El salón estaba vacío. La mujer tomó asiento dejando caer con descuido la capa de piel, y mirándose en la tapa de oro de una vanity-box que sacó del bolso se dio un toque en los labios con una barrita de Tangee rojo suave. El pelo engominado y hacia atrás daba a sus facciones un atractivo aspecto anguloso y andrógino, pero el raso negro moldeaba su cuerpo, apreció Max, de manera interesante. Advertida de su mirada, ella cruzó una pierna sobre la otra, balanceándola ligeramente. Apoyaba el codo derecho en el brazo del sillón y mantenía en alto la mano cuyos dedos índice y medio —las uñas eran cuidadas y largas, lacadas en el tono exacto de la boca— sostenían el cigarrillo. De vez en cuando dejaba caer la ceniza al suelo, advirtió Max, como si todos los ceniceros del mundo le fueran indiferentes.

—Quería decir curioso visto de cerca —dijo al cabo de un instante—. Es usted el primer bailarín profesional con el que cambio más de dos palabras: gracias y adiós.

Max había acercado un cenicero y permanecía en pie, la mano derecha en el bolsillo del pantalón. Fumando.

—Me gustó bailar con usted —dijo.

—También a mí. Lo haría de nuevo, si la orquesta siguiera tocando y hubiese gente en el salón.

—Nada le impide hacerlo ahora.

—¿Perdón?

Estudiaba su sonrisa como quien disecciona una inconveniencia. Pero el bailarín mundano la sostuvo, impassible. Pareces un buen chico, le habían dicho la húngara y Boris

Dolgoruki, coincidiendo en ello aunque nunca se conocieron. Cuando sonrías de ese modo, Max, nadie pondría en duda que seas un condenado buen chico. Procura sacarle partido a eso.

—Estoy seguro de que es capaz de imaginar la música.

Ella dejó caer otra vez la ceniza al suelo.

—Es usted un hombre atrevido.

—¿Podría hacerlo?

Ahora le llegó a la mujer el turno de sonreír, un punto desafiante.

—Claro que podría —dejó escapar una bocanada de humo—. Soy esposa de un compositor, recuerde. Tengo música en la cabeza.

—¿Le parece bien *Mala junta*? ¿Lo conoce?

—Perfecto.

Apagó Max el cigarrillo, estirándose después el chaleco. Ella siguió inmóvil un instante: había dejado de sonreír y lo observaba pensativa desde su butaca, como si pretendiera asegurarse de que no bromeaba. Al fin dejó su boquilla con marca de carmín en el cenicero, se levantó muy despacio y, mirándolo todo el tiempo a los ojos, apoyó la mano izquierda en su hombro y la derecha en la mano de él; que, extendida, aguardaba. Permaneció así un momento, erguida y serena, muy seria, hasta que Max, tras oprimir dos veces suavemente sus dedos para marcar el primer compás, inclinó un poco el cuerpo a un lado, pasó la pierna derecha por delante de la izquierda, y los dos evolucionaron en el silencio, enlazados y mirándose a los ojos, entre los sillones de mimbre y los maceteros del salón de palmeras.